

MEMORIAS DE UN ESCRITOR PROVINCIANO (CON MUY BUENA MEMORIA)

Por ADRIÁN FERRERO

Argentina es un país subdesarrollado, en el que se habla una lengua segundona (así se la considera en el Primer Mundo), que no es “de prestigio” si la comparamos con las que todos aspiran con avidez a ser traducidos. Y por cuyos países circular. Porque para ser francos, en el horizonte de expectativas de muchos de los escritores de este país la traducción forma parte del lanzamiento hacia una carrera internacional que, a sus ojos, es la que verdaderamente cuenta. No consiste en formar parte o conformar un patrimonio nacional ligado a la cultura literaria necesariamente (o sí solo serlo en todo caso en la ciudad de Buenos Aires). Sino internacionalizarse. Y (preferentemente) que su obra cunda por Europa y los EE.UU. Europa sigue siendo (en particular Francia) el espacio de la sociocultura más anhelado en el que todos pretenden ser ovacionados (e invitados a giras, entrevistas públicas o, los que están capacitados, dictar conferencias). Un faro. Diera la impresión, cuando asisto a estos espectáculos, de ver a un niño fascinado frente a una vidriera o un escaparate en la que se acumulan objetos a los que fervorosamente desea tener acceso. Pero que sabe o no le será jamás posible, o le será en carácter de un latinoamericano no principal. No obstante, perseverará en ello. En lo relativo a los autores provincianos, por el contrario, el mayor anhelo consiste en primer término, en cambio, en publicar, para poder ser leídos, en Buenos Aires. De modo que en tanto los porteños tienen puesta la mirada a lo sumo en su propio territorio y en el extranjero, los provincianos la tienen, sobre todo, puesta en el territorio de Buenos Aires, como si sus pagos fueran, ellos sí, segundones. Los autores de Buenos Aires, si son conocidos, reconocidos, si son desdeños (lo que suele ser frecuente), asisten a los provincianos como ignotos, de dudosa reputación, que no han pisado Buenos Aires más que como ocasionales visitantes o turistas, sin haber sido tamizada su trayectoria pasado por varias pruebas.

Escribir en Argentina por lo general supone consagrarse a otras actividades profesionales que muchas veces poco tienen que ver con la escritura propiamente dicha para sobrevivir. Y en otras sí, en algo se parecen: las carreras académicas, los talleres de escritura o el periodismo cultural nacional o internacional, algunos son editores, correctores, creativos publicitarios, entre otras posibilidades.

Desde mi punto de vista (y en este asunto ya he puesto el acento en numerosas oportunidades) el peor mal cultural que aqueja a la Argentina es la centralización del sistema literario en la ciudad de Buenos Aires (la centralización en todos los órdenes, del material al simbólico, de la cual la literatura no podría ser una excepción). Y, pongo aparte a los escritores que residen en Argentina (así como pongo aparte de toda la literatura argentina a los escritores que encaran su carrera de otra manera, no desde la autopromoción, como Liliana Bodoc) de los que lo hacen en el extranjero. Ellos gozan de los privilegios que les confiere el residir en el seno de otra sociocultura. Son escritores argentinos porque escriben en español o porque publican en Argentina sus libros que

pueden o no hablar de su terruño (en el mejor de los casos). Eso dependerá. En ocasiones dejan por completo de lado su patria y se dedican a prosperar y hacer carrera en ambos espacios, pero suele privilegiar carrera en el exterior del país. De modo que nos encontramos aquí con dos puntos clave. Por un lado, una literatura argentina que es sinónimo de literatura porteña. En segundo lugar, una literatura argentina escrita en español (a veces) pero que en verdad está alojada territorialmente en otros confines, por lo general desarrollados, gozando de todas las ventajas que ello les otorga.

Esto sitúa a escritores como los “provincianos” (yo precisamente soy uno de ellos) en una situación desventajosa porque no tenemos acceso a los recursos, las posibilidades ni los eventos que suelen otorgarles o Buenos Aires o los países desarrollados a los escritores que más arriba acabo de mencionar.

Tenemos una literatura argentina entonces que es porteña. O que es extranjera pero escribe en español. Los críticos más influyentes leen a los autores porteños y escriben de modo por lo general ponderativo sobre ellos, promoviendo carreras y poéticas de esa misma ciudad. Omitiendo otras. En ocasiones existen las encarnizadas batallas entre escritores y críticos, conformando ghettos enfrentados. O están los que nunca se enfrentan con nadie porque jamás se pronuncian acerca de nada. Le interesa llevar una vida sin sobresaltos, sin confrontaciones, no toman partido jamás sobre temas políticos o sociales, en torno del género, de polémicas. Están cómodos sin tener ni adversarios ni enemigos.

Los matutinos, revistas y periódicos tienen su sede en Buenos Aires (los de mayor tirada y poder de predicamento) y, así, el periodismo cultural de modo endogámico alimenta más aún la maquinaria de la centralización. Las instituciones o medios dadores de devoción cultural (premios, distinciones, o reconocimientos a la trayectoria o a la excelencia, becas, subsidios), tienen su sede en Buenos Aires. O son los premios más prestigiosos. Los provincianos debemos peregrinar a esa ciudad en ómnibus o en tren para cada trámite editorial o beneficio al que aspiremos. Hubo una época que era el colmo: para el registro de la propiedad intelectual había que viajar a Buenos Aires. Recuerdo largas hileras que pacientemente uno debía tolerar para poder registrar sus manuscritos.

Los autores que se imparten en la Universidad de Buenos Aires (en adelante UBA) son porteños y por lo general varones (si bien las cosas parecen haber levemente cambiado, ahora asistimos al boom de las autoras). Los proyectos de investigación, los eventos y publicaciones científicas académicos trabajan sobre autores porteños. El así llamado canon que dicta la UBA (la más calificada de todas las Universidades Nacionales del país, así ha sido evaluada y en la imaginación colectiva decir Buenos Aires no es lo mismo que decir La Plata o decir Rosario o Córdoba) deviene entonces el canon oficial. De este modo los autores venerados serán los porteños. Por otra parte, al moverse por los circuitos de mayor visibilidad, resulta evidente que será a los que más atención se les preste y sobre cuyas poéticas más se escuche hablar. La variable mediática hará lo suyo en este juego de circulación de discursos y productores culturales.

Como ven, entonces voy planteando una serie de afirmaciones (que llevan implícitas una serie de objeciones, discrepancias, disidencias y disensos, naturalmente) con el sistema literario tal como funciona en los hechos en Argentina. Me estoy limitando no a una cuestión opinable sino a una objetiva, concreta y verificable. Hay, es cierto, grandes creadores provincianos que han

realizado enormes aportes a la cultura literaria argentina. Y otros pocos que han podido ser consagrados por el mercado editorial nacional e internacional, por lo general por su talento superlativo, su laboriosidad extrema o por buenas estrategias de autor. De hecho La Plata cuenta con algunos de ellos. Son las escasas estrellas que brillan en un firmamento del cual por exclusión todo el resto de los escritores a lo largo y a lo ancho del país pertenecientes a la cultura literaria argentina quedamos al margen. En algunas ocasiones con el mismo o mayor talento. De eso se trata: de un centro y un margen. De un centro y una periferia.

Los escritores que están radicados o han estado radicados en el extranjero, si son responsables, dotados y trabajadores, tienen las puertas abiertas a muchas ventajas. Tanto relativas a ayudas económicas como de acceso a un enorme capital simbólico, de contacto con editoriales, instancias formativas, instituciones académicas, becas, relaciones con otros escritores consagrados, traducciones, conocimiento de bibliografía inaccesible para un provinciano, manejo de idiomas. El mundo desarrollado otorga otra jerarquía (esta es mi experiencia) a los escritores, a los críticos literarios y a los investigadores. Los inviste de un valor profesional respetable y respetuoso. No les da lo mismo, por otra parte, alguien con trayectoria que un provinciano. Lo detectan de inmediato y lo expulsan de responsabilidades o circuitos de consagración o siquiera de consideración. Eso lo tienen en claro. Además, como dije, de las infinitas posibilidades que brinda el hablar otra lengua o varias. Desde ser traductor, ser traducidos en un medio por el que circulan en general con fluidez, supervisar las propias traducciones, escribir en otro idioma, participar de eventos internacionales tanto académicos como creativos, trabajar en ocasiones en medios, instituciones o Universidades que los albergan otorgándoles un status mucho mayor que el de Argentina. No digamos que el de los de provincias. Por lo pronto, ya residen en un país del Primer Mundo. Lo que es garantía de una mejor calidad de vida.

La literatura no consiste únicamente en capacidad o talento sino también en posibilidades formativas, informativas, vinculaciones con editoriales que a su vez buscan no únicamente poéticas valiosas sino nombres conocidos para a su vez hacer de esa popularidad una campaña y, luego, un negocio. Buscan *celebrities*, por más que sean de una enorme capacidad. Se hace un culto y se hace un dogma de ciertas poéticas.

Hay otro punto importante, insoslayable me atrevería a decir: que nuestras obras lleguen a ser distribuidas por las editoriales a lo largo de todo el país e incluso de algunas zonas del extranjero, que a su vez se interesen en traducirnos o editarnos en nuestro propio idioma. Y es por eso que muchos autores delegan (los que pueden financiarlos, lo desean, tienen éxito, en fin, puede y quieren), en representantes para sus gestiones editoriales, contractuales, económico/financieras. Hay oligopolios que manejan y han hegemonizado el mercado, produciendo por inclusión o exclusión políticas editoriales día a día más comerciales, salvo excepciones. O que consagran nombres sobre quienes despliegan agresivas campañas publicitarias y de marketing. La literatura se rinde, enamorada, al capitalismo. Serán los escritores más cotizados, mejor pagos, los protagonistas de la escena literaria porteña en todos sus eventos. Ser escritor es sinónimo de ser un famoso, al menos en el ambiente específico.

Ahora bien: me referiré a mi experiencia de escritor de provincias. Nacido y radicado toda la vida en la ciudad de La Plata, Capital de la Provincia de Buenos

Aires, la más importante del país. Una ciudad con una población que se calcula de alrededor de 200.000 habitantes. Una ciudad chica. Yo sé perfectamente en el ambiente literario y académico quién es quién. Quién es serio y quién no lo es. De qué es capaz de hacer y de qué no profesionalmente cada uno (en ocasiones éticamente también). Quién ha llegado a ciertos lugares, espacios o puestos por contactos o por política, incluso por relaciones de pareja. Y quién ha hecho una carrera por sus propios méritos, formándose e informándose por sobre todo a costa de esfuerzo y una larga trayectoria. Sé quién lo ha hecho porque tiene carisma y sé quién carece de ese don, motivo por el cual ha sido marginado cuando en verdad contaba con muchos mayores antecedentes y dotes que otros, de lo he sido testigo. Tiene que ver con la experiencia de haber transitado por todos estos ámbitos y asistir o protagonizar toda clase de experiencias tanto por circuitos académicos como del campo literario.

La ciudad cuenta con unas pocas editoriales. Bajo ningún punto de vista se puede afirmar de alguna de ellas que sea comercial. Son pequeñas. Trabajan a pulmón. También tienen sus ojos puestos en Buenos Aires, por supuesto. En mi caso particular, si bien he publicado muchos trabajos académicos en Francia, Alemania, EE.UU., España, Israel, Brasil y Chile. Si bien he publicado capítulos de libros o artículos en editoriales de Buenos Aires, o en Actas de Congresos en la Universidad Nacional de La Plata, la UBA, la Universidad Nacional de Rosario y en Actas de una Jornada de Estudios en Francia o Brasil, eso no puede ser considerado de ninguna manera escritura creativa. Ello tiene que ver en todo caso con antecedentes de estudio y profesionales de investigación. Eso ha estado vinculado a mi formación, mi capacitación, en la que he puesto especial esmero. He cursado y aprobado un Prof. en Letras, una Lic. en Letras y un doctorado en Letras por la Universidad Nacional de La Plata, ambos con tesis. La tesis está publicada online en Memoria Académica de mi Universidad, puede ser consultada, pero no es un libro. No he tenido el deseo de convertirla en libro (si bien no lo descarto). La Universidad en la cual me doctoré es una muy buena, la segunda en excelencia del país, con algunas variables en las que supera incluso en calificación a la UBA. He obtenido tres becas bianuales, pero no para el desarrollo creativo, precisamente, sino de investigación. He obtenido un Subsidio de la Universidad Nacional de La Plata, todos ellos por concurso, pero siempre beneficios consagrados a la investigación, no a la creación.

De mis cinco libros publicados, uno de cuentos, uno de poesía, uno de investigación, una compilación de narrativa breve argentina contemporánea a partir de un eje temático cuyo Prólogo, selección y notas biobibliográficas me pertenecen y un libro de entrevistas a 30 autoras argentinas contemporáneas (un libro que demandó muchos años de investigación, casi todas publicadas previamente en revistas académicas de EE.UU luego de evaluación externa). Tres de mis libros fueron publicados por la Universidad Nacional de La Plata. Uno por una editorial pequeña que ya no existe (que jamás me pagó derechos de autor, al igual que ninguno de los de la Universidad Nacional de La Plata (pese a que sí se comercializaron en contextos de producción científica). Y uno por una editorial pequeña que lo financió porque el libro obtuvo por concurso también de antecedentes un Subsidio del Ministerio de Cultura de la Nación para su publicación (es un libro voluminoso).

Comencé a escribir sistemáticamente en 1989. Tenía 19 años. Y a publicar en revistas de la ciudad (algunas que ya no existen) en ese mismo año. La publicación en revistas culturales ya no cesaría, pero no pude vivir de mi trabajo

como periodista cultural. Aun con colaboraciones a partir de 1995 en el diario más vendido de la ciudad, donde no percibí honorarios por mis colaboraciones. Allí se dieron a conocer mis primeras producciones de crítica literarias, cuentos y trabajos de crítica cultural en forma masiva.

Fui docente primario, secundario y universitario de la Universidad Nacional de La Plata desde 1999 en adelante. Antes había trabajado en una librería, como empleado de atención al público. Una mítica librería de La Plata, "Libraco", cuyo dueño era Emilio Pernas, un gran amigo y gran preocupado por la cultura en la ciudad de La Plata. La librería era la sede los días sábados por la mañana de reuniones de artistas, escritores y docentes universitarios. Emilio Pernas me regalaba libros. Me los prestaba. Me pagaba en libros. Luego trabajé como empleado del Estado en la Universidad Nacional de La Plata (allí también realicé un trabajo de investigación literaria además de varios de registro de reuniones entre directivos, redacción de cartas y documentos). Y como docente secundario y primario durante un año en dos colegios privados de City Bell.

La docencia universitaria me quitaba mucho tiempo para escribir, me insumía demasiadas energías en estudios (al menos tal como yo había tomado la decisión de asumir ese compromiso), al igual que las becas. Por otra parte, me di cuenta de que había una incompatibilidad entre el contexto que promovía la institución como perfil profesional y al que yo aspiraba como persona y como escritor. Si bien cumplió con su función, que consistió en ganarme la vida, mantener a una familia y consolidar una formación iniciada como estudiante en Letras precisamente en 1989, era sumamente desgastante dictar clases a estudiantes no siempre interesados en torno de los contenidos que uno les estaba enseñando. Además de que les impartía consignas de escritura creativa en la cátedra en la que trabajaba a razón de una vez por semana (era una cátedra de Taller de Comprensión y Producción de Textos II). Motivo por el cual no solo estudiaba para dictar las clases y para las becas (contenidos distintos para cada caso) sino que pasaba largas jornadas cotidianas de una semana para la otra corrigiendo largas pilas de escritos en ocasiones con graves errores de construcción en cohesión, coherencia y gramática.

Mi primera publicación literaria en Buenos Aires data de 1998 (precisamente el año en que me gradué de Prof. en Letras), en una editorial que no es precisamente un oligopolio, para lo que tuve que pasar por una selección y además financiar mis tres cuentos en una antología que con Estudio Preliminar de la reconocida escritora y Dra. en Letras María Rosa Lojo. Fue presentada en la Feria Internacional del Libro (nuevamente) de Buenos Aires. Pero yo era, naturalmente, un escritor entre muchos otros, seguramente mejores y no era oriundo de esa ciudad. Como estaba empezando, financiar mis cuentos no me resultó una idea descabellada. Pero me dije que sería la primera y última vez en que pagaría por publicar.

Las actividades formativas en lo relativo a escritura creativa en la ciudad de La Plata son buenas desde mi punto de vista. No sé si sobresalientes. Pero sí son buenas. Al menos lo eran cuando a mí me tocó consagrarme a esa etapa de algún modo preliminar antes de lanzarme por completo (si así lo decide) al oficio de escritor. Y lo hice de forma sistemática y con mucha entrega. Con mucho sacrificio. Esto es: yo busqué una formación como escritor. Y procuré encararla con la mayor seriedad de la que fui capaz. Fue una formación como narrador. Paralela a la carrera de Letras. Un año con Martha Berutti (escritora y coordinadora del taller, formadora de talleristas), un año con Leopoldo Brizuela

(escritor, traductor, editor, periodista cultural), varios con Gabriel Báñez, un gran novelista, editor, periodista y coordinador de talleres que fundamentalmente trabajó en esta ciudad. No obstante, publicó en editoriales todas de Buenos Aires y obtuvo importantes premios. Autor de una poética destacable. Fue un gran maestro de escritura para mí. También me formé con Graciela Falbo, titular del Taller de Escritura Creativa de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata, carrera de la que era egresada. Ese taller de escritura fue realizado en un ámbito académico y tuvo su culminación en una antología de varios de los asistentes que editó la Universidad Nacional de La Plata. Tampoco percibí derechos de autor en tal ocasión. Luego cursé un seminario de escritura (nuevamente) en Buenos Aires con la escritora, traductora, editora y académica María Negroni y fue sobre poesía. Una dimensión que no estaba lo suficientemente pensada ni sistematizada desde la teoría por mí. En la actualidad estoy cursando uno con la gran narradora, poeta y editora Susana Szwork. Un trabajo de excelencia realmente.

No tuve buena fortuna con los concursos literarios en mis comienzos. Recuerdo enormes carpetas, folios, la impresora funcionando para realizar varias copias o bien yendo a la fotocopidora, luego una enorme cantidad de sobres de papel madera, los sobres con los datos personales y los seudónimos, enviar todo por correo postal pagando fortunas a España, México o Buenos Aires. Jamás obtuve premio alguno con mi narrativa breve o con mi poesía. Sí obtuve una mención nacional en un Concurso Nacional del Municipio de Tres de Febrero y fui finalista de un concurso de la Provincia de Buenos Aires para Jóvenes Narradores (en 1994). En ambos casos el premio consistió en diplomas y la publicación de una antología. No participé jamás en el género ensayo. Los premios recién llegaron a los 49 o 50 años y porque tomé la decisión de volver a concursar. Una escritura ya más madura, más trabajada. Comprendí que sería mucho más simple hacerlo vía correo electrónico en este momento de lo que había sido antes. Que nada perdía con intentarlo. Pero también desde muy joven, entre el hecho de que estaba ocupado por la Universidad y que no obtenía buena fortuna en los concursos, comprendí que debía poner todas mis energías en apuntar a escribir con exigencia, formarme y en publicar, no en estar pendiente de ganar concursos o premios literarios. Me puse como objetivo ante todo ser un buen profesional. No en obtener distinciones. Supe (y sé) que eso a esta altura de mi vida ya no llegará. Puede que exista un reconocimiento de algunas personas que yo sí respeto y me respetan. Y que son buenas personas, que es lo que verdaderamente me cuenta. No me gustaría el halago por hipocresía sino la ponderación por convicción.

Me presenté alrededor de 2007 con un proyecto, con los antecedentes requeridos acordes (yo ya tenía mi Porf. y mi Lic.), tres becas bianuales, el Subsidio, muchas publicaciones, libros, especializadas, dos cartas de recomendación de académicos de nota, a una beca del Fondo Nacional de las Artes (en Buenos Aires, otra vez), con un plan de trabajo que consistía en una investigación y edición crítica a partir de material inédito que me había cedido una importante escritora argentina. Y el proyecto fue rechazado por el jurado. De modo que tampoco me sentí motivado para repetir la experiencia allí. Había hecho mucho antes lo propio con la beca Guggenheim, pero lo cierto es que fui interrogado por escrito por parte de los organizadores desde por mi genealogía y sus antecedentes, los míos, una breve historia personal, hasta la presentación obvia de un proyecto creativo que a mis ojos consistía en una propuesta original.

Tuve el aval de importantísimos escritores y académicos argentinos. También fue rechazado ese proyecto de beca. Luego la beca Guggenheim para el área geográfica de competencia de América Latina y el Caribe, cuando volví a averiguar para nuevamente postularme esta vez, ya más calificado en lo relativo a antecedentes, no estaban otorgándolas. Otra puerta se cerraba. Comprendí entonces que debía seguir publicando sin acudir a ayuda económica alguna.

Remontándome hacia los años noventa, La Comuna Ediciones, la Editorial gubernamental del Municipio de La Plata, bajo la dirección de Gabriel Báñez, en 1998 y 1999 editó cuentos y poesía de mi autoría en tres oportunidades. Pero por esas ediciones tampoco percibíamos derechos de autor. En su momento fue el primer paso hacia la exposición pública en el espacio de La Plata bajo la forma de libro junto con las citadas revistas de la ciudad y el diario, pero seguía siendo un ghetto ciudadano al que no le vislumbraba futuro (ni se lo sigo vislumbrando). Recuerdo el detalle risueño a esta altura de mi vida de un cuento cuyo argumento consistía en un triángulo amoroso. Era un cuento erótico, fuertemente erótico, y me solicitaron con elegancia si les podía enviar otro a cambio. Esta vez fue un cuento oriental que sí fue publicado. Luego ese cuento erótico fue publicado en mi libro y no se le movió un pelo a ninguna de las personas que me rodeaba, porque lo ponderaron y la edición del libro, si bien la tirada no era grande, se agotó. Y muchas de estas personas bastante formales.

En revistas académicas de EE.UU. ya hacia los años 2000 publiqué cuentos. Y también fui traducido al inglés luego de una selección por parte de una importante editorial, circunstancia extraordinaria porque además de salir al mundo era sinónimo de ser conocido en otras comunidades en un idioma extranjero. El traductor era argentino. Se llama Edo Mor y no quiso bajo ningún concepto que le pagara honorarios por su trabajo. Él me avisó de la convocatoria. Mi gratitud infinita hacia Edo Mor, vinculado a un alumno del taller de escritura que yo coordino, el taller "Mediar". No lo olvido a este capítulo porque percibí derechos de autor. Todavía recuerdo mi emoción al recibir mi cheque en dólares. Esa noche se celebró en casa con mi hija y mi pareja de ese momento. Era el año 2006 cuando se publicó.

Hacia mis 49 años decidí regresar a los concursos literarios, como dije, por consejo de algunas personas. También por entrevistas a escritores que escuché o vi. Me pareció razonable. Procuré atender a ese consejo. En los últimos concursos en los que participé obtuve primeros o segundos premios, no percibí derechos de autor pero sí la publicación en libro tanto en papel como digital, diplomas y medalla. Hubo ceremonia de entrega de premios presencial o vía Youtube cuando eran internacionales. Y mucho respeto. Los premios que obtuve fueron en la categoría Ensayo, la menos ligada a la poética. Pero eso no fue lo que me importó. Sino que habían sido competitivos. Y habían sido obtenidos con honestidad. Eso sí me resultó principal. Había hecho un enorme esfuerzo para investigar para esos ensayos. Para escribirlos y corregirlos. Y lo hice mientras realizaba otro montón de actividades ligadas al trabajo editorial o al periodismo cultural. De modo que ganar esos premios fue como un bálsamo. Como un premio en el mejor sentido del término. Era el corolario a una vida consagrada al trabajo, el estudio, a la formación y a la escritura. No un principiante o un improvisado que realizaba su primera tentativa.

Percibí derechos de autor por mis libros recién en el caso del último de ellos. Y luego de una larga espera porque como supe que se trataba de un trabajo

hecho a pulmón por la editorial, que es pequeña, quise facilitarles las cosas. Fue lo que hice. Y me lo agradecieron, que era lo que correspondía por otra parte.

En las revistas culturales del extranjero he publicado trabajos interdisciplinarios con fotógrafos profesionales y artistas plásticos de España y Argentina de trayectoria internacional. Lo hice en una revista de México y en otra de NY. En esas revistas publiqué poesía, cuentos, artículos críticos, ensayos, crónicas y entrevistas. En otra revista de México también publiqué un ensayo sobre el poeta Hugo Mujica, en un Dossier que la revista la había consagrado e iba acompañado de una selección de su poesía. Agradezco a Hugo Mujica el haberme elegido como ensayista para acompañar dicha publicación.

Dado que el federalismo empieza por casa y uno tanto lo predica (y tanto critica la centralización), colaboro o he colaborado con medios de la Provincia de Buenos Aires (con trabajos de literatura infantil y juvenil o de autores para adultos), de Mendoza (donde se publica este artículo) y de Tucumán. Lo he hecho tanto con cuentos infantiles, con cuentos para adultos, con artículos críticos, con ensayos, con reseñas de libros, con entrevistas y con monólogos ficcionales que he concebido especialmente a partir del orden de lo referencial. En unos pocos casos lo he hecho con notas de opinión de actualidad.

El género crónica ficcional o monólogo ficcional autobiográfico lo he ejercido y lo seguiré ejerciendo en distintos medios, tanto en México, en NY como en la Provincia de Buenos Aires u otros espacios. Es un género que no había leído antes escrito por nadie bajo esos términos. Se me ocurrió cierta madrugada escribirlo. Y es un género que a mí me provoca curiosidad seguir explorando y satisfacción porque siento que realizo experimentación creativa durante su proceso de génesis de escritura. Que transito con mi escritura por territorios diferentes, novedosos en lo que a mi escritura atañe.

Con las revistas literarias de Buenos Aires he tenido muy malas experiencias. Con faltas de respeto que consistían sistemáticamente en cambiar los títulos de mis artículos o bien destratos, falta de modales, motivos por los cuales renuncié a una, por más que pretendieron explicarse. Todavía me pregunto cómo se puede explicar lo inexplicable. O la desfachatez. Todavía me pregunto, también, cómo en ciertas publicaciones designan como editoras a personas intratables o maleducadas. En otros casos, envié material a dos que dilataron la evaluación. Y cuando lo hicieron me sugirieron que me consagrara “dentro de un tiempo”, al trabajo del ensayo. Pero no estoy dispuesto a cualquier costo a trabajar para un medio que además no me va a pagar. Ni menos aun a hacer lo que ese medio desea de mí sin respetar las líneas estéticas, críticas o teóricas que propongo. No admito la censura ni ningún condicionamiento que afecte la libertad de expresión.

Trabajé durante poco menos de un año aproximadamente para un periódico también de Buenos Aires a razón de una columna literaria de crítica literaria semanal y allí se cumplió un ciclo que tuvo un sentido pero no se trataba de una revista cultural sino de un semanario político con una sección dedicada a la literatura. No era el lugar ideal ni el indicado para mí, si bien siempre trabajé con total libertad y fui bien tratado por los responsables editoriales.

Estoy vinculado a algunas revistas académicas, por pertenencia institucional a la Universidad Nacional de La Plata, de EE.UU. Allí trabajo con la mayor seriedad que he visto jamás en toda mi vida. Mi trabajo se ha concentrado sobre todo en entrevistas a escritores, en reseñas bibliográficas y eventualmente lo que la revista denomina “Notas”. Una suerte de ensayo breve. Trabajo con el Dr.

Saúl Sosnowski desde 2005 hasta el presente, ininterrumpidamente. Nunca mantuve una sola discusión ni cruce de palabras sino, muy por el contrario, con un sentido del respeto, una cortesía y una valoración hacia mi trabajo, que desconozco de todos los otros medios en los que me ha tocado hacerlo. Tanto literarios como académicos. Vaya mi agradecimiento al Dr. Sosnowski. La revista se denomina *Hispanamérica. Revista de literatura* y traza un amplio recorrido por la producción argentina y latinoamericana. Pertenece a la University of Maryland (EE.UU.).

Otro tanto el fallecido Dr. David William Foster, de Arizona State University (EE.UU.), con quien trabajé desde 2005 hasta que falleció, en 2020. Escribí un extenso artículo In memoriam sobre él que se publicó en NY.

En el Semanario de Mendoza para el que escribo me permiten hacerlo con total libertad de criterio, de contenidos, de registros de escritura. Con un respeto, una consideración y una valoración hacia mi trabajo, pocas veces vistos. Yo me he especializado en literatura argentina contemporánea, en literatura infantil y juvenil contemporánea también argentina, en crítica y teoría literarias y en lectoescritura creativa. Todo ello en directa relación con mi formación de base académica y un trabajo muy intenso en el campo del periodismo cultural y de la escritura creativa igualmente intensivo. No sé si es posible separar las cosas, dividir las aguas con tanta facilidad. Estoy girando siempre más o menos siempre en torno de lo mismo. Todo está imbricado. La investigación sirvió para la formación y consolidación en el rigor en la crítica literaria, en el refinamiento en la capacidad interpretativa. En la incorporación de saberes disciplinarios. La teoría literaria académica también sirvió para pensar la poética desde una dimensión abstracta. El trabajo en la cátedra de Taller de Comprensión y Producción de Textos II como Profesor universitario para pensar la lectura y la escritura teóricamente desde su dimensión didáctica. Mis talleres, los que dicto en forma particular, en carácter de coordinador, hicieron lo propio. El escribir y leer de modo tan sistemático permite una reflexión en profundidad acerca de la lectura y la escritura como prácticas sociales de modo diría casi espontáneo. No tengo dificultades para escribir ni falta de ideas a propósito a las cuales elaborar un texto de cualquier género. No se me resiste la escritura. Por supuesto, sigo estudiando, leyendo e investigando. Se trata de prácticas sociales y actualizaciones constantes.

Tengo varios libros inéditos. Tres libros de poesía (uno con Prólogo de Noé Jitrik y contratapa de Liliana Heer), uno de narrativa breve, dos de fotografía con prosas poéticas en coautoría ambos con fotógrafos profesionales (uno de Buenos Aires, el otro de La Plata), un libro sobre el oficio de escribir, una novela para la que tuve que estudiar y documentarme muchísimo porque transcurre en una etapa de la historia de Francia, un libro de cuentos infantiles, un libro sobre cine argentino, dos obras teatrales y muchos ensayos o artículos críticos dispersos que bien podrían reunirse para conformar uno o más libros si así lo deseara, o bien hacerlo con mis reseñas críticas de libros o de films latinoamericanos (otro de los géneros a los que dediqué, en menor medida, en una revista académica de EE.UU.). Tengo un libro en el que estoy trabajando en la actualidad que me mantiene concentrado en un objetivo concreto Y que me parece un libro necesario.

La ciudad de Buenos Aires ha rechazado sistemáticamente mis manuscritos en distintas editoriales, tanto las casas editoriales independientes como comerciales. Un reconocido editor de la ciudad de Córdoba otro tanto, pese a

que me dijo que uno de mis libros “había sido aceptado al segundo día de ser entregado”. Son esos enigmas (si bien albergo mis sospechas acerca de las razones) que uno ya se da cuenta de que ni siquiera vale la pena sentarse a pensar por qué tuvieron lugar. Ha sido una decisión ajena, fuera de nuestro control, de la cual uno no ha sido el responsable porque ha entregado el libro a tiempo, en óptimas condiciones, ha sido gentil, considerado, además de haber actuado honestamente con el editor. No me comuniqué con él sino después de un año en lo relativo a cómo se había pronunciado en la evaluación del manuscrito. No hubo insistencias ni presiones.

En lo referido a la participación en la Feria Internacional del Libro de Buenos Aires ya cité el caso de 1998 al que fuimos invitados cordialmente por la primera Editorial que me publicó. En las más recientes fui yo quien debí solicitar que se presentara mi libro (que era una novedad, por cierto). Cuando lo natural hubiera sido como mínimo haberme invitado a una firma de ejemplares (como hacen todas las editoriales con las novedades). La participación se limitó a una entrevista pública en el stand con el editor y porque yo lo solicité.

Y respecto de la difusión de mis libros de modo sistemático, hubo dos reseñas en ámbitos periodísticos (en realidad la misma publicada en distintos medios), salvo contadas excepciones fui convocado por radios de mi ciudad para entrevistas con el objeto de referirme a ellos pero esa función corrió por cuenta de la iniciativa de las radios mismas que se tomaban el trabajo de leer los libros o mi Página de Facebook, sabían quién era yo y se ponían en comunicación conmigo. O bien porque hubo contactos vinculados a ellas que hicieron de nexo. En una oportunidad de una editorial me llamaron por teléfono diez minutos antes de que empezara la presentación de mi libro con la ridícula propuesta de entrevistarme. Francamente uno no sabía si tal circunstancia era una puesta teatral de Ionesco o bien una comedia de Aristófanes. Fue una circunstancia francamente inverosímil. Y cuando me quejé se dirigieron a mí con un nivel de destrato absoluto diciéndome que los que decidían cuándo entrevistar a los autores eran ellos. Afortunadamente, el último de mis libros fue leído por mi co-directora de tesis doctoral (quien lo compró, respetuosamente interesada). Hablamos del libro. Y como participaba como conductora junto con otras tres responsables de un programa de radio en Buenos Aires me invitaron con cordialidad a hablar largamente de él durante todo un programa de una hora. Me pidieron hasta que eligiera la música que deseara para el programa. Fui a Buenos Aires, habían leído el libro. Sabían de qué se trataba el trabajo que yo había realizado. Cómo lo había realizado. Yo sabía qué clase de interlocutoras iba a tener delante. Sabían quién era yo y cómo trabajaba porque había integrado también un equipo de investigación dirigido por mi co-directora de tesis. Valoraron el libro. Vieron el trabajo que había detrás. El programa salió estupendamente. Y por su cuenta, desde el prestigioso blog de Eterna cadencia, se enteraron de que había salido publicado el libro, lo comentaron someramente y lo difundieron con una opinión muy favorable. Les escribí especialmente para agradecerles el gesto gentil, generoso y desinteresado. Y como recuerdo de una invitación a una radio de Buenos Aires sí puedo evocar una entrevista que me realizó el gran periodista Esteban Peicovich. La recuerdo como una entrevista que consistía en estar hablando con un hombre culto prácticamente en una biblioteca. Esa impresión me causó el programa con Esteban Peicovich. Se llamaba “Los palabristas”, el programa. Se emitía por Radio Nacional (nuevamente) de Buenos Aires.

La difusión internacional de mi último libro llegó con algo de retraso (el libro se publicó en 1997, este año 2021 tuvo lugar). Ocurrió cuando mi editora de NY de la revista cultural con la que colaboro fue puesta al tanto acerca del libro y sus contenidos. Ella me dijo que consideraba que debía ser conocido entre sus lectores e internacionalmente. Me realizó una extensa y pormenorizada entrevista no solo por ese libro sino que tuvo la deferencia de divulgar el resto de mis libros y de referirse a mi trayectoria. Además de publicar fotografías mías en ocasión de obtener distintos premios.

Bajo estos términos fueron publicados y circularon los libros. Resultado o bien de mucho esfuerzo de escritura, corrección, realización, de edición o bien de investigación. Como pude apreciarse, la dimensión entre el esfuerzo que demanda escribirlos o prepararlos, su publicación y su posibilidad de ser visibilizados en la ciudad de La Plata no resulta directamente proporcional. Tampoco los derechos de autor obtenidos lo es. El ingreso a la comunidad Facebook y el contar con una Página de Facebook de escritor (si me lo permiten me ahorro el nombre "Fanpage") me han permitido dar a conocer mi producción bibliográfica así como creativa o de periodismo cultural. También está consagrada a otras manifestaciones del arte, de fotografía artística y paisajística. Considero este punto relevante. Hay personas que nos leen, que se acercan a nuestro trabajo (de modo anónimo o dejando comentarios, calificando la publicación o bien ignorándola), los seguidores que tenemos. U otros saben que nos venimos dedicando a la escritura desde 1989 hasta el presente. Lo que no da lo mismo que ser un principiante. Pueden consultar nuestra tesis doctoral o bien pueden comprobar las revistas en las que hemos publicados así como apreciar nuestros artículos. Leer nuestros cuentos o bien nuestros poemas.

Han pasado los años. Yo he conocido frustraciones, desalientos, desencantos, he descubierto dobleces en mucha gente, he sido objeto de malos tratos, ninguneos o desconsideraciones. Y uno aprende, a fuerza de toda esa enorme experiencia que da el tiempo y el trabajo a largo plazo en una actividad, adónde debe quedarse, a quiénes debe ser fiel porque lo han sido y serán siempre con uno. Y sabe de dónde marcharse y adonde no regresar jamás. Lo sabe porque se cruza con malas personas o personas inescrupulosas. En otros casos, con gente ignorante que no tiene conocimiento de la cultura literaria. O con personas que aspiran no a publicar buena literatura, buenos artículos y buenos libros, sino otros o que vendan o que tengan una firma importante, aunque sea mediocre.

Estas son las memorias de un memorioso escritor provinciano hasta la edad de 50 años, Ignoro qué me deparará el futuro. Pero no acaricio ambiciones sino más bien me propongo que lo que hago esté realizado en primer lugar con honestidad intelectual. Y luego de modo serio, exigente, riguroso y preparado. Soy perfeccionista. Soy literalmente un ratón de biblioteca.

En esta extensa nota autobiográfica en directa relación con mi historia ligada a mi formación como escritor, producción y publicación de mis libros he dicho rigurosamente toda la verdad. En tal sentido, he actuado con integridad y con honestidad. Simone de Beauvoir decía: "Todo buen razonamiento ofende". Puede que haya algún ofendido luego de leer este artículo.

En lo que a mí respecta, mis modelos de escritores, escritoras y filósofos paradigmáticas son claros. Los académicos que han sido de excelencia de excelencia de quienes aprendí fueron laboriosos. Sé que llegaron adonde llegaron en primer lugar por su talento, pero también por su exigencia, por su

coherencia y por su capacidad de trabajo. En tal sentido, en todo caso, no hago sino proseguir el ejemplo de personas extraordinarias que me aleccionaron de un lugar de aprendiz.

Solo alguien con una vocación indoblegable, con un gran amor por lo que hace, gracias a la energía indetenible que le brinda el consagrarse a un trabajo que le brinda felicidad y realización puede seguir ejerciendo su oficio como aquel primer día en 1989 en que apoyó su bolígrafo sobre el papel para escribir su primer cuento. Y pudo experimentar esa felicidad vigorosa que nos otorga el hacer aquello para lo que sentimos verdaderamente hemos venido a este mundo. Pese a toda clase de obstáculos que se pueda poner en nuestro camino. La literatura es creación, es sensibilidad, es inteligencia, es juego, es improvisación y es placer. Es ante todo, un deleite.